

## **MIÉRCOLES SANTO**

### **SANTA MISA CRISMAL**

La Misa Crismal es como la antesala de las celebraciones del Triduo Pascual. En esta acción litúrgica consagraremos el Santo Crisma y bendeciremos el Óleo de los enfermos y de los catecúmenos para administrar los sacramentos. Los sacerdotes renováis ante el obispo y ante los fieles, la fidelidad al ministerio recibido en la ordenación sacerdotal para servicio de todo el Pueblo Santo de Dios. Con vuestra masiva presencia en esta celebración se hace visible la unidad del único presbiterio diocesano que preside el obispo como hermano mayor y que está al servicio de la gloria de Dios y del bien espiritual de todos los fieles. Os doy las gracias por ello y pido al Señor que nos conceda en estos momentos difíciles que estamos viviendo el don de la reconciliación, de la unidad y de la paz.

En la Carta Pastoral que os he escrito a los sacerdotes: “Vosotros sois mis amigos”, os invitaba a intensificar la amistad con Jesús, el amigo fiel, porque la unión con Cristo es garantía de la unión fraterna del presbiterio. Quien permanece unido al Señor, quien se preocupa de vivir en gracia de Dios vive en la verdad, busca la santidad propia y la ajena. Ciertamente, Jesús es el garante de nuestra fraternidad y de la unidad de la Iglesia porque Cristo es nuestra Cabeza a la que estamos unidos como Cuerpo en el que hay diversidad de dones pero un mismo Espíritu.

Quiero invitaros a profundizar en la importancia que tiene, en estas circunstancias por las que está pasando nuestro presbiterio, la unidad para el bien de cada sacerdote y de toda la Diócesis. Recordad las palabras del Salmo 132 del que San Agustín dice que “Es tan dulce cuanto lo es la caridad que hace habitar en unión a los hermanos”.

Comienza el salmo diciendo: “Ved qué dulzura y qué delicia convivir los hermanos unidos”. Al escuchar estas palabras, nos viene a la memoria la experiencia de la primera comunidad cristiana que vivía unida en torno a los apóstoles y tenían un solo corazón y una sola alma. (Hch. 4,32) Era tan sorprendente y novedosa esa forma de vivir que causaba admiración incluso a los incrédulos. El ambiente de fraternidad de aquellos primeros cristianos ha sido y seguirá siendo referencia para todo grupo o comunidad cristiana.

¿Cómo lograban la fraternidad y la unidad? “Poniendo en común todos los dones que Dios les había dado: nadie llamaba suyo propio nada de lo que tenía pues lo poseían todo en común” (Hch 4,32). Para fomentar la unidad de la Iglesia y en concreto de nuestro presbiterio es necesaria la generosidad que abre la mente y el corazón de las personas. La generosidad es el mejor antídoto frente a la envidia, el egoísmo, el personalismo y la soberbia que tanto daño hacen a la convivencia. La unidad no sólo es fruto de un compromiso humano. Es un don del Espíritu Santo que siempre hemos de pedir.

Queridos sacerdotes: Cultivar la unidad del presbiterio debe ser una de nuestras principales tareas, especialmente en situaciones de crisis. Los primeros que debemos dar ejemplo de fortaleza y de unidad ante cualquier adversidad somos nosotros, los sacerdotes. ¡Qué gozo experimentan los fieles cuando contemplan que sus pastores se quieren y conviven como hermanos! Por eso todo lo que pongamos de nuestra parte para facilitar la convivencia fraterna es poco, pues, hay fuerzas que permanentemente intentan arrastrarnos a la división, al enfrentamiento, a la desconfianza y al aislamiento. Son fuerzas del Maligno que “Como león rugiente, dice el apóstol Pedro en su primera carta, busca a quien devorar”. Y el mismo apóstol nos recomienda: “Resistidle firmes en la fe, sabiendo que vuestra comunidad fraternal en el mundo entero está pasando por los mismos sufrimientos. Y el Dios de toda gracia que os ha llamado a su gloria eterna en Cristo Jesús, después de sufrir un poco, él mismo os restablecerá, os afianzará, os robustecerá y os consolará.” (1Pe 5,9-10).

La unidad no se construye manifestando una actitud corporativista que oculta, justifica y encubre los fallos y pecados sino poniendo al descubierto la verdad porque de la verdad nace la justicia y de la justicia brota la paz. Ante los fallos de los compañeros es necesario que hagamos nuestras las palabras del apóstol: “sobrellevar unos las cargas de los otros” (Gal. 6,2). Tampoco se puede considerar unidad a blindarnos como si se tratara de una casta de puros y de intocables. La unidad del presbiterio está abierta y al servicio de la unidad de todo el pueblo de Dios. La unidad no significa uniformidad en el modo de pensar o en el modo de actuar. Somos diferentes en modo de pensar y de vivir el sacerdocio. El Señor así lo quiso para el grupo de los doce y así lo manifiesta hoy en nuestro presbiterio. Ahora bien, la diversidad de dones que el Espíritu Santo ha derramado entre nosotros no son para uso personal sino para ponerlos al servicio de todos como lo hacía aquellos primeros cristianos. Las legítimas diferencias deben ser aceptadas por todos y nunca pueden ser utilizadas para sobresalir por encima de los demás.

Agradezco a todos los sacerdotes del presbiterio diocesano los esfuerzos que habéis hecho para mantener la unidad con vuestro obispo en la oración, el dolor y la discreción ante los dolorosos acontecimientos que hemos vivido en estos dos últimos meses. Debemos interpretar estos hechos como una llamada del Señor a ser santos como nuestro Padre celestial es santo. Pero en el camino de la santidad nos damos cuenta que nos encontramos con la debilidad de nuestro pecado cómo repercute en todo el conjunto. Las heridas de este dolor de los

pecados sólo las puede curar el bálsamo de la infinita misericordia de Dios. Confiamos en el aliento de su palabra que nos dice por medio del profeta Oseas: “El corazón me da

un vuelco, todas mis entrañas se estremecen. No dejaré correr el ardor de mi ira, no volveré a destruir a Efraín porque yo soy Dios, no un hombre; en medio de ti yo soy el Santo y no me complazco en destruir” (Os 11,9-10).

Arrepentidos de nuestros pecados y purificados por el perdón divino, pongámonos manos a la obra para seguir trabando por la Iglesia diocesana bajo la guía del nuevo Plan Pastoral que estamos preparando. El Señor nos envía de nuevo al mundo para ser servidores del evangelio y constructores de la unidad. Nos envía, dice el Señor: “Como ovejas en medio de lobos: Sed, pues astutos como serpiente y sencillos como palomas” (Mt. 10, 16) Caminemos unidos al Señor y a los hermanos, conscientes de la nueva realidad social y cultural que nos toca evangelizar. No seamos ingenuos en nuestros modos de comportarnos. Las cosas han cambiado y necesitamos acudir a la astucia y la sencillez para enfrentarnos a la nueva realidad.

Que la Virgen María, Madre de la unidad, ruegue por nosotros a su Hijo Jesucristo para que nos conceda la gracia de la unidad y de la paz en el seno de nuestro presbiterio de modo que podamos evangelizar eficazmente y administrar los sacramentos de la Nueva Alianza que otorga la gracia y santifican al hombre.

† Juan Antonio, obispo de Astorga